

con respecto a las monedas de Europa, tiene en sí mismo muy poca gravedad. Lo grave del caso, según me explicaron, es que la libra y todas las divisas europeas bajan y suben con respecto al dólar. Es decir, con respecto al oro. La lucha verdadera se realiza entre el oro y el papel. La valuta europea no tiene otra garantía que las firmas de los billetes. El dólar tiene, en cambio, una garantía aurífera. Naturalmente, como Europa es un consumidor de América, le conviene que su moneda, aunque ficticio, tenga un valor igual o superior al dólar. Pero Europa es también un proveedor de América, y podría convenirle, por este lado, para vender más, que su moneda costase menos.

Mas la salud económica de un país es, como la humana, un equilibrio entre la salud y la enfermedad. El hombre absolutamente sano no existe. Tampoco existe el país de perfecta sanidad económica. Las oscilaciones de la moneda le favorecen y le perjudican al mismo tiempo. Lo acertado es que los favores y los perjuicios se compensen. Si el valor monetario propicia la venta, ataca la compra en idéntica proporción. Por esto, al subir la libra, los hombres de la City vieron, tanto como las facilidades de comprar materias primas, la dificultad de vender sus manufacturas. Y la dificultad de vender sus manufacturas significaba, desde luego, el acrecentamiento de la paralización industrial, mayor número de obreros sin trabajo, más impuestos para sostenerlos y más hambre en las calles de Inglaterra.

Así, el empeño inmediato de la City ha sido bajar la libra. Nadie se preocupa aquí de que la libra esté más o menos garantizada por el oro. El oro, aunque no sea sino la representación del trabajo, no es riqueza. La riqueza de un país es la suma de su volumen monetario, multiplicado por su velocidad. Lo rico es la circulación, no el respaldo. Si una libra pasa durante el día por cinco manos, al atardecer, Inglaterra habrá tenido, no una, sino cinco libras. Sólo que para lograrlo es preciso que la libra conserve su equivalencia entre su poder de compra y sus facilidades de venta. Esto es: equilibrio financiero.

Como el alza de la libra le interesaba a los ingleses más que a los países cuyas monedas bajaron con respecto a ella, han sido los propios ingleses los que han forzado su baja. En un día, a una hora exacta, financieramente, que es más puntual que militarmente, los Bancos de la City han detenido, en Londres y en Nueva York, la caída precipitada del franco francés. Las clientelas seguirán entusiasmándose con los proyectos del Sr. Poincaré. Pero los hombres de la City, que en

veinticuatro horas han levantado el franco desde ciento veinte hasta noventa y dos por libra, se sonríen de la famosa dictadura económica.

Ahora, que como los problemas económicos no se resuelven tan fácilmente, la empresa de la City no está terminada. A la compra y a la venta de Inglaterra le interesa mucho, sin duda, el equilibrio de la libra. Pero esto no es lo que le interesa al Sindicato Internacional de Cambios, de Amsterdam. Al Sindicato Internacional de Cambios le interesa, precisamente, lo contrario. Y ya sabemos que tampoco él se descuida.

CÉSAR FALCON

Londres.

(El Sol, Madrid).

## El poema de la tumba

Después de un fuerte movimiento sísmico, allá en el cementerio, silencioso, quedaron destapadas muchas tumbas donde estaban los muertos en reposo.

Un buen sepulturero, con dos hombres, sobre la tierra seca y amarilla amontonaba, sin pensar, los huesos: las vértebras lumbares, las costillas.

Y me infundió pavor aquella escena, al pensar qué esporádica es la vida que llevamos los hombres en la tierra, mientras llega la muerte, humanicida.

Tumba fría, furente y silenciosa, cómo mata la carne ya caída, la carne que llevamos, orgullosos, por el largo camino de la vida.

Sigue el sepulturero, indiferente, hacinando clavículas y vértebras, con húmeros y cúbitos y radios y con falanges blancas o cinéreas.

Vértebras cervicales que sintieron algún collar de cuentas cristalinas, hoy sólo sentirán en medio de ellas la médula espinal endurecida.

Viejos cráneos sin algo que se mueva, ya su masa encefálica tan fuerte, se hizo negruzca e inútil por el roce de la mano funérea de la muerte.

Cráneos que sostuvieron las guedejas con ganchos de carey, de oro y de plata, quietos por el mandato inexorable que promulgó la muerte, tan ingrata!

Huesos del metacarpo, desunidos, que sintieron la sangre de otras manos, la sangre del amigo y de la amiga, la sangre del abuelo y del hermano!

Huesos del metatarso que sintieron —si no el calor amigo del calzado—,

el calor de la tierra en los caminos que tendieron los hombres en el prado.

Rótulas que en el piso de los templos sostuvieron el cuerpo reclinado, cuando alguna plegaria transparente se escapaba, nerviosa, de los labios.

Viejos húmeros, cúbitos y radios que abrazaron a la hija o a la hermana, cuando el momento de una despedida oscurecía los cármenes del alma.

¡Oh viejos huesos de mujeres bellas o de varones gárrulos y fuertes, os desunió la lanza puntiaguda que trepida en los dedos de la muerte!

Huesos, tal vez de viejos encorvados, de ancianas temblorosas o patriarcas, unidos con los huesos de los jóvenes por el poder inmenso de la parca.

¿Para qué, pues, el lujo de los hombres? ¿Para qué perseguir los embelesos, si nuestra vida cual muñeco flébil ha de trocarse en un montón de huesos?

Obsesionante realidad que me hace sentir indiferencia para todo, y a la vez un cariño inexplicable para la piedra tosca y para el lodo.

Muere, pues, vanidad, tú que nos llamas, que el día menos pensado, quien nos hizo, nos llamará a vivir quietos y mudos bajo los viejos y altos ciparisos.

Amigos y enemigos, todos juntos, allá irán sin pensar en refrigerio, que en la última página del hombre está el punto final del cementerio.

A mi oído de hombre en este día la abeja del futuro vuela y zumba... ¡Pienso en la alta quietud de los cipreses y en el santo silencio de la tumba!

MARCO TULIO SALAZAR

Barba, C. R., 13-3-1924.

## ¡Representación por clases!

¡Representación por clases! He aquí la pseudo idea, el mito más disparatado. No hay ni puede haber más que la representación por partidos políticos, que a su vez representan o sistemas de gobierno o grandes intereses colectivos. Un ciudadano que se sienta tal votará como liberal o absolutista, como libre cambista o proteccionista, como federal o unitario, como demócrata o dictatorista, pero no votará como carpintero o médico o boticario o músico o tendero de ultramarinos.

MIGUEL DE UNAMUNO